**Institución:** Fundación Celia Duque de Duque

**Asignatura:** Lengua Castellana

**Grado:** 11°

**Elaborado por:** Mariana Vallejo Loaiza

**Entregado a:** Diego Edison Echeverri

**NAGUAL ONÍRICO.**

Contextualizar el pensamiento pre-hispánico en la contemporaneidad implica de forma inminente el retorno al conocimiento ancestral, renunciar a los preceptos de la cultura occidental y esfumarse al origen. Reflexionar acerca de la cosmovisión amerindia conlleva a renovar la forma en que el hombre interactúa con su entorno, la esencia mística de su ser y la relación que establece con el saber.

Adquirir una conciencia ancestral permite apropiarse de la herencia cultural que se ha extirpado, conceder al individuo una sensación inmarcesible de libertad, descender al mundo prodigioso de la magia, incorporarse y naufragar en infinitos mundos de múltiples manifestaciones y realidades.

El pensamiento amerindio vincula al hombre con lo desconocido, revela a partir de lo trascendental la esencia recóndita que lo colma, le otorga una sabiduría suprema, y sobre todo lo conecta con el entorno natural del cual ha emanado. La manifestación más inmediata en las experiencias cotidianas del hombre que reflejan un legado ancestral, es el sueño, que se representa en la actualidad como el inconsciente, es por ello que se plantea el siguiente interrogante: ¿Es posible establecer una relación entre el ensueño como método chamánico y la experiencia onírica cotidiana?

Como hipótesis inicial a esta pregunta surge la siguiente tesis: el fenómeno onírico vincula directamente al hombre con el legado ancestral, debido a la relación patente que existe entre éste con la ensoñación como practica chamánica.

El fenómeno onírico se ha planteado durante décadas como un enigma para el hombre. Alrededor del sueño se ha organizado una compleja serie de prácticas e ideas que le otorgan una alta valoración social. En la antigüedad los sueños se interpretaban como revelaciones divinas o demoniacas que podían interferir por su carácter premonitorio en el porvenir del sujeto; se concebían como un oráculo de los espíritus.

La valoración dada a la vida onírica por algunas escuelas filosóficas es un reflejo inminente del origen divino que las culturas ancestrales le concedían a los sueños. Aristóteles consagra sus estudios en la idea de que el sueño es una manifestación de la actividad anímica del durmiente durante el estado de reposo, Artemidoro Daldianus consideró los sueños como el mecanismo que le permitía al hombre retornar y establecer un vínculo con su pasado, los egipcios por su parte plantearon la noción del sueño como la expresión directa de los recónditos deseos del hombre.

El postulado de Heráclito con el cual el hombre durante el sueño se desvincula del mundo tangible para transcender y habitar en un mundo propio, eminentemente subjetivo donde el alma esta parcialmente separada del mundo y disminuye su actividad sensible, fue un fundamento en la concepción contemporánea de la experiencia onírica que propone el psicoanálisis.

Sigmund Freud, promotor del psicoanálisis consideraba que: “...el sueño es el cumplimiento (disfrazado) de un deseo (sofocado, reprimido)” (Freud, 1900.Pág. 177). En su obra la interpretación de los sueños hace énfasis en que el sueño no es un estado de reposo psíquico, sino el resultado de la actividad final del inconsciente.

Del mismo modo las culturas pre-hispánicas postularon una cosmovisión en la cual hombre materializa sus ideas, deviene en otros seres y reside en otros mundos a partir de la ensoñación, estado en el cual asciende a otros mundos como máxima manifestación de su infinita imaginación y de su capacidad de encontrar el conocimiento es su instinto metafísico. La ensoñación permite en las culturas indígenas acceder a la Mente Mayor, el espacio sagrado que integra todos lo mundos, y le posibilita al hombre el deleite con lo fantástico-real que reside dentro de su conciencia y lo sumerge en el mar de la creación sin punto final.

El sueño es el único reflejo del legado chamánico en las experiencias cotidianas del hombre, percibiendo este como un evento real, fundado en una actividad de carácter no corpóreo y durante el cual se experimenta y percibe lo existente de una forma alterna. “Primordialmente, el sueño se considera como una actividad. Antes que todo, “soñar”, ooyori, es un verbo. Cuando el término se encuentra sustantivado, ooyoriya, hace referencia exclusiva al evento que tuvo lugar durante el dormir. Dentro de esta lógica, los sueños no pueden ser concebidos como simples representaciones”[[1]](#footnote-1).

En la experiencia onírica lo desconocido se revela al hombre inicialmente en un escenario caótico que le genera sensaciones pánicas y de angustia, la apariencia de este mundo es un reflejo de lo que los indígenas plantean como nagual, donde los espíritus recónditos del hombre pueden deambular por otros cuerpos e interactuar con otros seres y objetos. Durante el sueño el individuo rompe las estructuras lógicas y con ello una epistemología de la racionalidad para escabullirse en una epistemología mágica.

En relación con el planteamiento chamánico, los sueños no se desarrollan en la misma escena donde se desenvuelve la vida despierta, [[2]](#footnote-2) los sentidos ordinarios dejan de operar para incorporarse en un cuerpo sin órganos, donde el hombre no es un compuesto de materia orgánica sino una composición energética que le permite la transformación en otros seres con los que interactúa en el nagual. La sustancia anímica que compone al hombre adquiere libertad en el reposo, Los estados de sopor y letargo característicos del descanso le facilitan abandonar el cuerpo y empezar a participar de una realidad diferente a la ordinaria sin concebirse como idea fantasiosa o carente de veracidad.

El fenómeno onírico al igual que la ensoñación implica trascender o ascender a otros mundos, en los cuales residen múltiples representaciones de la realidad, las cuales le entregan al hombre la capacidad de percepción múltiple e infinita, ilimitar la determinación de su identidad y le posibilitan convertir la mitología en una vivencia. “El sueño permite que cualquier persona acceda a un estado privilegiado. Aunque puede darse el caso de desplazamientos a lugares remotos, los sueños no se asocian con un viaje a alguna región particular del universo sino, más bien, con la participación en un modo alterno de existencia y percepción”[[3]](#footnote-3).

Tanto en el sueño como en el estado de ensoñación, el hombre crea e interpreta múltiples realidades, trasciende en la percepción ordinaria y conceptual del mundo, relega el dominio del sujeto sobre la consciencia, experimenta un retorno y contacto con los seres que han perecido, deambula en un escenario místico donde interactúa con lo sobrenatural y se acoge a una sabiduría ancestral, todo ello fundamentado en la sensación de éxtasis que ambas experiencias le conceden.

1. http://www.scielo.org.co/pdf/antpo/n5/n5a14.pdf [↑](#footnote-ref-1)
2. http://www.scielo.org.co/pdf/antpo/n5/n5a14.pdf [↑](#footnote-ref-2)
3. http://www.scielo.org.co/pdf/antpo/n5/n5a14.pdf [↑](#footnote-ref-3)